El Congreso Eucarístico de Bogotá en contrastes

Juan M. Ganuza, S. J.

Una frase circulaba calladamente entre pequeños grupos de sacerdotes y de laicos asistentes al Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá: ¿Será éste el último Congreso Eucarístico Internacional?... Algunos, más avisados, replicaban, abriéndose a una interrogación de esperanza: ¿No se habrá iniciado ya, desde hoy, un nuevo tipo de Congresos Eucarísticos Internacionales?

Eco de esta opinión lo encontramos en estas frases expresivas de Cipriano Calderón en su crónica desde Bogotá para la revista española "Ecclesia":

"La ingente congregación de fieles que aquí se produjo, más que un 'Congreso Eucarístico' habría que definirla un 'Congreso de la Iglesia', donde se ha encontrado reunido el pueblo de Dios para honrar a Dios presente en la Eucaristía y presente también en los pobres. Es muy interesante a este respecto considerar atentamente las expresiones usadas por Paulo VI en el discurso que dirigió a los campesinos en la mañana del 23. El Papa proclamó con voces muy claras que 'los pobres son un signo, una imagen, un misterio de la presencia de Cristo'."

Creo que uno de los frutos del Congreso de Bogotá es haber encontrado el estilo para los Congresos Eucarísticos de la época postconciliar: estos "Congresos del pueblo de Dios a los que seguramente asistirá siempre el Papa..." (Ecclesia, 31 de agosto).

¿La asistencia del Papa a los Congresos Eucarísticos oscurecerá sus características eucarísticas y los convertirá en gigantescos acontecimientos religiosos en los que la presencia del Papa subrayará el mensaje que la Iglesia quiere impartir al mundo de hoy unificado ante las pantallas de la TV?

La apoteosis papal, enmarcada en un cuadro de intensa emotividad, dramatizó el acontecimiento religioso hasta el punto de que, aun en los órganos de información y orientación internacionales de la Iglesia, el Congreso Eucarístico quedó relegado a un plano muy secundario. "Los tres días en Bogotá" o "los tres días de Bogotá" son el titular de catástrofe que encabeza la mayoría de las informaciones. El violento y relampagueante flash de los tres días históricos deja en las sombras aspectos importantes del Congreso Eucarístico y éste mismo fue casi absorbido del todo.

¿Será de signo profético la reducida pero estridente protesta de pequeños grupos de jóvenes sacerdotes y laicos ante este carácter masivo por un lado y personalista por otro del Congreso de Bogotá?

No es nuestro propósito hacer una crónica detallada de la Gran Semana que vivió Bogotá entre el 18 y el 25 de agosto. Hubiéramos querido, más bien, describir los entretelones del Congreso Eucarístico. Nos contentaremos, sin embargo, con maltrazar en gruesos brochazos una silueta que, aunque lo consiga, no pretende desdibujar la imagen que los lectores de SIC se han formado del Congreso de Bogotá y que la TV, los órganos de prensa y la información oral directa han estereotipado en su mente. Sólo pretendemos reflexionar y hacer reflexionar.

En la línea de los últimos Congresos Eucarísticos

Los Congresos Eucarísticos se deben a la iniciativa tesonera de una piadosa dama francesa, señorita Tamisier, quien, alentada por Mons. Segur, quiso, hacia 1875, que, mediante ellos, se rindiera culto público a la Eucaristía y sirvieran también para afirmar la fe de los católicos.

En un principio se quiso aprovechar para ello la corriente entonces en moda de las peregrinaciones a santuarios donde se habían realizado milagros eucarísticos. Por iniciativa también de la señorita Tamisier, pronto se añadieron a los actos de masas algunas sesiones de estudio sobre la Eucaristía, que convirtieron las peregrinaciones en Congresos.

En el Congreso Eucarístico de Lieja, 1883, hubo una novedad, además de su carácter internacional: una procesión solemne con el Santísimo Sacramento, medio excelente, según el parecer de los organizadores, para llevar al plano social el culto eucarístico y afirmar en forma masiva y grandiosa la fe de los católicos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Durante el pontificado de S. Pío X, el Papa de la Eucaristía, los Congresos adquieren un gran desarrollo, y a su carácter anterior de manifestaciones públicas de fe católica y eucarística añaden un nuevo elemento: estimular la recepción de la Eucaristía. El Santísimo Sacramento no es tan sólo objeto de culto público, sino particularmente **alimento** de los fieles. En torno a ellos, y bajo el vigoroso aliento de S. S. Pío X, se incrementó de una manera admirable la participación del pueblo cristiano en la Eucaristía y florecieron las organizaciones eucarísticas.

La primera guerra europea (1914-1918) interrumpió los Congresos y, a pesar de los ardientes anhelos de S. S. Benedicto XV de que "todos los católicos pudieran darse el beso de paz ante Jesús Hostia" en un país neutral, a ser posible, no pudieron reanudarse hasta 1922 con el de Roma y en el pontificado de Pío XI. Los Congresos se empezaron a reunir cada dos años y en vez de su carácter antilaicista y triunfalista tomaron el carácter de un acto positivo de fe en la Eucaristía dentro de todo el men-

saje cristiano. Una nueva idea se añadió: **la Eucaristía, símbolo de unión entre los hombres y la mejor manera de realizarla.**

Aún perduran en el recuerdo de los hombres de hoy los ecos imborrables de los Congresos de Dublin (1932), Buenos Aires (1934), Manila (1936) y Budapest (1938). El movimiento litúrgico estaba en plena sazón y sus frutos se recogían a manos llenas en dichos Congresos.

La guerra interrumpió de nuevo los Congresos y sólo en 1952 se celebró el de Barcelona, seguido en períodos de cuatro años por los de Río de Janeiro (1956), Munich (1960), Bombay (1964) y Bogotá (1968).

Otro rasgo nuevo se añadió, después de la segunda guerra, a las características de los Congresos: **la santa Misa pasa a ser el centro de los Congresos.**

El Congreso de Munich se desarrolló en una atmósfera de sana preocupación ecuménica, se empeñó en evitar todo triunfalismo y apariencia de poder, hizo revivir en los actos de cada día las distintas fases del Misterio Pascual, centrándolo todo en la celebración comunitaria de la santa Misa.

En "Stimmen der Zeit", la revista de los jesuítas alemanes (n. 164, 1958-1959), el P. Jungmann, al buscar razones para justificar con razones teológicas basadas en la historia de la Iglesia los Congresos Eucarísticos contra muchos que los impugnan, propone que sean de ahora en adelante como una **"Statio Orbis"**, una especie de fiesta cuasi-litúrgica con carácter mundial, que se celebre cada cuatro años en las distintas partes de nuestro planeta y que testimonie la comunión de la Iglesia universal en torno a la Eucaristía y en función del servicio de la humanidad entera.

Los Congresos de Bombay y Bogotá han tenido en gran parte este carácter de "statio orbis", de encuentro mundial y al servicio de los hombres, particularmente a los pobres. Y tal vez, ahondando en estos aspectos, podrán revitalizarse los Congresos Eucarísticos y responder adecuadamente a los signos de los tiempos.

Claro-oscuros del Congreso Eucarístico de Bogotá

Desconocemos cómo se llevó a cabo la preparación del Congreso Eucarístico de Bogotá, pero sí podemos atestiguar que hubo una palabra que se quedó bien clavada en el pueblo: **los pelegrinos.** Al trasponer ya la frontera le comenzaba a perseguir a uno la misteriosa palabra "pelegrino". Nos extrañó que casi siempre se subrayaba la palabra con algo de malicia. Un chofer de taxis en Bogotá nos dio la explicación: "Entre los pelegrinos se habían filtrado muchos elementos del hampa continental y la gente sospechaba de muchos de ellos." Y unos y otros contaban historias, más o menos verídicas, de hampones disfrazados de "pelegrinos" y aun de curas y monjas, que habían desvalijado un apartamento, estafado, etc.

Por otra parte, la abusiva propaganda sobre la abultada cifra de peregrinos que visitarían la ciudad había azuzado la codicia de los acaparadores de víveres en Bogotá y las gentes humildes temían un alza excesiva de los precios.

Los peregrinos fueron tratados, sin embargo, exquisitamente y, apesar de que muchos de ellos sufrieron los efectos de los innumerables actos materiales en mayor o menor escala, la hospitalidad bogotana y las buenas maneras de los habitantes de la capital colombiana ganaron voluntades y corazones.

Un pueblo estupendo, pero marginado

El encuentro con el Papa nos descubrió un pueblo hondamente religioso, entusiasta sin fanatismos y de gran riqueza humana avalada de cortesía y respeto cívico. Sin embargo, nos pareció el gran marginado del Congreso. Este parecía organizado más en función de un turismo piadoso, de los peregrinos, que el mismo pueblo bogotano. La lejanía del campo del Congreso, las medidas de seguridad militar, el tono de elevada cultura de las manifestaciones artísticas, casi todas a base de conciertos y grupos corales, y la necesidad de adquirir las carpetas del Congreso, que desnivelaban los escasos recursos de las gentes del pueblo, para ubicarse convenientemente en el Campo Eucarístico, una liturgia muy fina y depurada, pero no al alcance de la gente humilde y devota, y la ausencia de alguna de las clásicas manifestaciones de culto público eucarístico, como la gran procesión, pudieron contribuir a la poca participación popular que advertimos en los actos propiamente eucarísticos. Hasta la llegada del Papa, el pueblo parecía desentenderse del Congreso Eucarístico. Las enormes masas que salieron a recibir a Paulo VI el día de su llegada, las magnas concentraciones de la Plaza Bolívar y, sobre todo, las apoteosis populares del Campo de San José en Mosquera y de los barrios del Sur de Bogotá en Venecia, demostraron la presencia de un pueblo que los otros actos del Congreso no habían conseguido movilizar.

¿Un "aggiornamento" apresurado?

¿Hasta dónde ha llegado la reforma litúrgica a nuestras masas católicas en América Latina? ¿Han empezado a entender su espíritu? Una excesiva prisa por implantar nuevas formas de devoción, un saltarse a la torera las formas tradicionales en las que nuestro pueblo ha expresado su fe durante siglos, un quererlo desencarnar de sus vivencias religiosas con prematuro ardor... pueden ser factores que, en vez de fortalecer la fe de nuestros pueblos, la vayan minando.

"El amplio espíritu de ecumenismo de este Congreso va a resonar espléndidamente en las voces de todos los peregrinos con la entonación de himnos y salmos tomados del patrimonio común de las Iglesias cristianas: la Sagrada Escritura. Y la armonía vocal de las corales de las distintas confesiones cristianas será un símbolo de la armonía que algún día en los espíritus..."

Así rezaba la introducción de la "Carta del Congreso" en su programa de los actos culturales. Todo ello, sin embargo, hacía efecto de algo muy artificial y postizo. Bogotá no es Munich. Y no nos sorprendió la frialdad del escaso público asistente a la celebración de la Palabra Ecuménica en el Campo del Congreso y su pobre respuesta a los himnos y salmos.

Algo parecido pudimos constatar el día penitencial, en el que las exhortaciones a la conversión no hallaban eco en una masa demasiado dispersa física y mentalmente e insuficientemente motivada.

Sobreabundaron los discursos, tolerados paciente y pasivamente en condiciones de clima y temperatura verdaderamente invernales. ¿No fue esa la gran penitencia del Congreso?

Asistimos con especial afán a la celebración ecuménica en el Campo del Congreso. Habíamos oído hablar del recelo de los hermanos separados colombianos y su falta de interés por una participación que les pareció sospechosa. No nos llamó la atención la apatía del público, fatigado por los discursos sin fin que acompañaron las lecturas bíblicas y que debieron haber sido reemplazados por fervorosas moniciones y un par de sencillas homilías que insistieran en lo que nos une y recalcaran la necesidad de mutua colaboración en la salvación del mundo.

El Congreso de los teólogos

Una de las razones más fuertes que atrajeron a muchos sacerdotes y laicos cultos a Bogotá fue el encuentro de teólogos. Los nombres esclarecidos de muchos de ellos fueron la mejor tarjeta de invitación. En América Latina necesitamos reflexión teológica y la Eucaristía en función de la Comunidad y de la Iglesia era tema de inmensas aplicaciones a nuestro acontecer. Esperábamos mucho de los insignes expositores, pero creíamos más en el diálogo fraternal en torno a los temas, en la aportación de los teólogos del continente reunidos en mesa redonda tras las exposiciones de los expertos. Y de la ausencia de este diálogo nació nuestra frustración. Maravillosas y profundas las conferencias, incitantes los problemas que suscitaron, pero todo se redujo a unas buenas exposiciones, un par de preguntas de tipo escolar y nada más. Faltó la sesión de estudio, faltó el diálogo, faltó la fraternal discusión y apenas quedó nada fuera del desfile de conferencistas y algunas afirmaciones audaces agarradas por los

cabellos por la prensa en ansiosa búsqueda de lo sensacionalista. Una verdadera lástima, un buen cebo propagandístico y un grueso volumen que aparecerá, Dios sabe cuándo, con las ponencias presentadas. Algunas de las más bellas y hondas conferencias fueron, amén de lo antes dicho, pronunciadas en francés, lengua que no está al alcance de nuestro público, aun el más selecto, y cuyo conocimiento, más o menos superficial en los más, no permite apreciar los matices teológicos.

Encuentros de las Asociaciones Católicas Internacionales

Al margen del Congreso, y con ocasión de él, se celebraron en Bogotá, particularmente los días 26, 27 y 28 de agosto, una serie de encuentros de diversos movimientos y organismos católicos. Recordamos algunos de ellos: la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, el Movimiento Familiar Cristiano, los Cursillos de Cristiandad, la Confederación Interamericana de Educación Católica, la Legión de María, etc.

Asistimos a algunos de esos encuentros y nos regocija su ímpetu apostólico y la enorme fuerza de renovación y fermentación de nuestra sociedad latinoamericana que encierran. Muchos de estos movimientos constituyen la esperanza de una Iglesia latinoamericana más auténtica y misionera. Echamos de menos una presencia más activa de los grupos juveniles y obreros, y cierto capillismo que llevó a estos movimientos a encerrarse dentro de sí mismos y no establecer contactos más estrechos con los demás. La dispersión de esfuerzos y una cierta anarquía de las fuerzas católicas no son uno de los menores males que afectan al organismo eclesial en América Latina, y el Congreso de Bogotá fue espléndida ocasión de aunar esfuerzos y empezar a construir, a base de los movimientos, una auténtica comunidad continental en el amor y en el afán mancomunado de promoción y desarrollo integral de nuestros pueblos.

Las asambleas familiares

El domingo 18 de agosto visitamos diversas iglesias de Bogotá para sondear en alguna forma la religiosidad del pueblo. Lo hicimos también entre semana en sectores populares. Nos admiró la densa y devota concurrencia y la nutrida participación de adultos en la eucaristía. El Congreso, nos repetía el P. Sánchez, párroco de Santa Cecilia en el Barrio Venecia, ha renovado la fe de gran parte de nuestro pueblo y han ayudado mucho para ello las "Asambleas familiares". Y él y un grupito de "monitores", o animadores de asambleas, que le rodean, nos hablan con entusiasmo de este experimento. Desde el mes de marzo, cuando la Comisión de Evangelización del Congreso promovió la iniciativa, más de cinco mil asambleas o grupos familiares de 20 a 30 personas se han reunido en todos los sectores de la ciudad para escuchar el mensaje religioso transmitido por radio o TV y que después discuten bajo la dirección de un monitor y a la luz de los hechos de la vida y de la Sagrada Escritura. La celebración de la Eucaristía en muchas de estas asambleas y la agrupación en actos religiosos masivos de varias de ellas creó un espíritu de comunidad y fraternidad que enardeció los corazones. Varios de los monitores nos hablaban entusiasmados de la experiencia y del descubrimiento para muchísimos adultos, mediante las asambleas, de un cristianismo distinto del rutinario en que habían más o menos vegetado.

Mucho del entusiasmo que pudimos ver en la maravillosa concentración popular de los barrios del Sur de Bogotá en torno al Papa, de la fe y devoción que aquellas inmensas masas demostraban, se deben principalmente a la labor de evangelización de estas asambleas familiares. Mediante ellas se revitalizaron también los movimientos apostólicos y las asociaciones parroquiales, pues de ellos salieron los miles de monitores. Para algunos de ellos, que nos narraban la experiencia, éste fue el mejor fruto del Congreso.

De las reuniones frecuentes de los monitores con sus párrocos y del constante contacto con los problemas de la comunidad y de su reflexión cristiana sobre ellos, uno de los fines de las asambleas, nació un fuerte movimiento de promoción humana y comunitaria en los barrios principalmente. Surgieron cooperativas, clubes juveniles, juntas comunales y en especial una organización de promoción y orden que se llamó "defensa civil". En el barrio Venecia, por ejemplo, los vecinos, ante la falta de vigilancia policial, compraron una patrulla policial para garantizar el orden en el barrio. Son, pues, los mismos vecinos los que garantizan el orden en conexión, por de pronto, con las autoridades.

Cristo se llamó Lercaro

Si la presencia del Papa en Bogotá eclipsó de hecho la de los centenares de Obispos y Cardenales de todo el mundo, no pudo borrar la huella indeleble que dejó su Cardenal Legado, Lercaro. Humilde, sencillo, cordial, de alma y corazón como el mundo entero, con su palabra y su ejemplo, sobre todo, presentó el mensaje vivo de lo que deben ser hoy la Iglesia de Cristo y sus pastores.

Será muy difícil olvidar su gran mensaje cristiano en la apertura del Congreso, mensaje henchido de evangelio que fue impartiendo en distintas formas en casi todos los solemnes actos en que participó. Con santa unción y esforzada valentía supo hablar a todos, autoridades civiles y eclesiásticas, intelectuales y políticos, jóvenes inquietos y adultos instalados.

Lercaro supo ser el padre de los pobres, acercarse a los hermanos que sufren, reproducir en todo momento la imagen del Jesús bueno, al que todos se acercaban sin temor. Tuvo la honda sabiduría de abrir el Congreso al Evangelio y a las necesidades del pueblo de los pobres, de los humildes. ¿Quién no se estremeció hasta lo más íntimo al escuchar su voz ungida en la helada tarde de la inauguración cuando exhortaba a todos, pero particularmente a los Obispos y las autoridades civiles, a vivir según el Evangelio, a tener hambre y sed de justicia social, a realizar los cambios de estructuras necesarios?

> **"Sentir el hambre y sed de justicia, con clara misión, contra toda forma de exclusividad de raza, de clase, de categoría de grupo, contra cualquier ambición de poder, contra toda aspiración de venganza o desquite. Pero, sobre todo, quien tiene la responsabilidad de otros debe anhelar interpretar el hambre y la sed de justicia y tanto más cuanto mayor y más amplia sea su responsabilidad..."**

Una de cal y otra de arena

¿Qué proyección va a tener en nuestro continente latinoamericano el XXXIX Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá? La Iglesia, en compromiso sellado solemnemente en la Reunión del CELAM en Medellín, se ha obligado a promover el desarrollo integral del hombre latinoamericano. El Cardenal Lercaro, y muy en especial Paulo VI, le han señalado el camino. Y no tiene otra opción. Pero Iglesia somos todos y el compromiso de nuestros Obispos nos obliga a todos. ¿Repetiremos la insolente respuesta de Caín, que nos recordaba dramáticamente el Cardenal Lercaro: "Soy yo acaso el guardián de mi hermano?"

Me hizo daño la frase que oí repetir a personas respetables en Bogotá al despedir al Papa: "Menos mal. Ya podemos respirar tranquilos. Está a salvo el prestigio del país. No le ha pasado nada malo."

El Papa se fue tan contento. Y lo malo es que nosotros nos quedemos tan contentos y sigamos como hasta ahora. Como si no hubiera pasado nada.

Los turistas peregrinos dejaron sus buenos dólares en Bogotá, se fueron encantados de la hospitalidad colombiana, hasta la "mala prensa" se convirtió en "buena", queda un perenne recuerdo del Congreso en la sabana bogotana, el templete eucarístico y un prontuario de recuerdos gratos y anécdotas divertidas para contar a los nietos.

Si del Congreso no brota esa tremenda presión moral por el desarrollo de nuestro hombre latinoamericano golpeado por la injusticia y mil plagas que preconiza Mons. Helder Cámara y una verdadera renovación de la fe y de las estructuras eclesiales, ¿quién tendrá la última palabra en el próximo acontecer latinoamericano?